



Lima ha presenciado ayer uno de esos espectáculos que honran la civilización de un pueblo y estampan una marca gloriosa en la frente de una nación.

Los alumnos de la Escuela de Medicina, seguidos de un inmenso cortejo fúnebre, conducían sobre sus hombros el cadáver del Dr. D. Cayetano Heredia, antiguo Decano de la Facultad de Medicina y reformador de aquella Escuela. En el séquito numeroso, que acompañaba en su duelo aquella hermosa juventud, se veían representadas todas nuestras clases sociales, por los personajes de ellas más eminentes que, a pie y con semblante triste, seguían la lúgubre procesión. Un batallón, con su música a la cabeza, cerraba el convoy que, a paso lento, se dirigía al Cementerio, a depositar en uno de sus nichos los restos mortales que eran objeto de una tan imponente y solemne ovación.

Los que no han conocido las virtudes y merecimientos del Doctor Heredia, los que ignoran lo que fue para la juventud, para la humanidad y para la ciencia, como extrañarían, sin duda, este homenaje rendido a la memoria de un hombre. Pero los que conocieron al llorado difunto, los que han tenido noticia de sus beneficios y los que han sido testigos de ellos han mirado en esta manifestación el tributo debido a la práctica de las grandes virtudes y la representación de esas apoteosis cívicas con los que los romanos premiaban los hechos de los ciudadanos esclarecidos. En efecto, el Dr. Heredia se había hecho digno de ella en la larga y bien cumplida vida que consagró toda entera al servicio de la humanidad, de la juventud y de la ciencia. Vamos a trazar, en breves rasgos, esa existencia que, si bien se deslizó sin ruido, dejó no obstante un rastro luminoso en la dilatada senda que recorrió en el tiempo.

Nacido en Catacaos, Partido de Piura, perteneciente a la entonces Provincia de Trujillo, el 7 de

agosto de 1797, de padres honrados, aunque pobres, el Doctor Heredia no trajo, como Chausier y Dupuytren, otro caudal al mundo que su inteligencia, su gran corazón y su inmenso amor a la ciencia. Ésta pasión por el estudio le obligó a dejar su país natal para venir a Lima en busca de una mejor instrucción, sin que su familia pudiese procurarle más recursos que el mezquino apoyo de un religioso franciscano, a cuyo lado el joven Heredia cursó las primeras letras. Expedito ya en el habla y escritura de su idioma, quiso emprender el estudio del latín, como medio de iniciarse en la carrera médica, por la que sentía una verdadera vocación. Al efecto entró en el Colegio del Príncipe, en donde concluyó la latinidad.

El Colegio de San Fernando, fundado en 1811 por Abascal y Unanue para la educación de los jóvenes médicos, acababa de abrirse. Allí fue el desvalido alumno a demandar la enseñanza, matriculándose el 22 de abril de 1813 en calidad de alumno interno, a los diez y seis años de edad y a título de servicio al Colegio, pues el indigente no tenía con qué pagar su pensión.

Era a la sazón Rector de ese Colegio un eclesiástico venerable, de escasa inteligencia, pero de ilimitada bondad, quien, viendo la escasez de fortuna del alumno Heredia y su decidida aplicación al estudio, cobróle un gran cariño, tomándole bajo su protección. El presbítero Goya, que así se nombraba el respetable anciano, hizo de Heredia su hijo de adopción. No solo compartió con él su mesa, sino hasta su vestido.

Varias veces hemos oído referir al Doctor Heredia, húmedos sus ojos, la escena de un domingo, en que no teniendo el menesteroso joven una peseta con qué pagar el lavado de su ropa para salir al paseo del día, comprendiéndolo el generoso Goya, lo mandó a su cómoda a sacar lo que necesitaba. Heredia no encontró en el exhausto cofre del buen anciano más que esos dos reales que necesitaba. Al salir a decírselo, oye que su benefactor le grita: al buscar tu ropa cómprame cigarras. El joven confundido le advierte que

* Gaceta Médica de Lima, Tomo V, N° 114, 15 de junio de 1861.

no tiene más que dos reales: no importa, le replica su maestro; vé por tu ropa que Dios proveerá mis necesidades. ¡Ejemplo sublime de abnegación, que no fue perdido para el bien formado corazón del joven!

El Doctor Goya murió, de la misma dolencia que su discípulo, cuando éste, después de haber concluido las Matemáticas, bajo la dirección del sabio Dr. D. Gregorio Paredes y presentado examen general y público de ellas en la Universidad el 20 de abril de 1815, y estudiado la Filosofía y la Física en los dos años siguientes, principiaba el estudio de la Medicina, siendo su catedrático de Anatomía el Dr. D. José Pezet, padre del General de este nombre. Su muerte dejó alrededor de Heredia un vacío, lleno solo de lágrimas y de indignancia.

Un hombre ilustre recogió la sucesión del Rectorado que dejara el Doctor Goya: el célebre Dr. D. Javier de Luna Pizarro que, además de sus grandes dotes intelectuales, trajo al servicio de San Fernando un decidido amor a la juventud y un gran empeño en fomentar la aplicación y el talento. El joven Heredia no pudo pasar desapercibido a sus ojos. Conocido de él, pronto fue uno de los alumnos favoritos y elevado a la condición de Profesor de Matemáticas y Económico del establecimiento. En este profesorado tuvo por discípulos a los generales Salaverry y Pezet, que más tarde fueron sus dignos amigos.

En tan feliz condición, Heredia continuó sus estudios médicos, dando examen de toda la Patología el 2 de noviembre 1822 bajo la sabia dirección del célebre Dr. D. Miguel Tafur, Protomédico que fue del Virreynato y digno sucesor del ilustre Unanue.

El 10 y 19 de diciembre del mismo año el aprovechado alumno hizo los ejercicios literarios, establecidos en el Reglamento de la época, para recibirse, como se recibió el último de estos días, de pasante en Medicina. Su nuevo título lo ponía en aptitud de desempeñar una enseñanza secundaria de alguno de los ramos de la Medicina; y, en efecto, el 14 de enero

de 1823 la Junta de Gobierno, que entonces ejercía el poder supremo, le confirió el título de Disector anatómico del Colegio de Medicina, empleo del que tomó inmediata posesión.

Luna Pizarro no se contentó con sacar a Heredia de su difícil posición y de favorecerlo en el aprendizaje de su carrera. Viendo la rectitud del corazón de su alumno y su acendrado nacionalismo, inspiróle las ideas de libertad y de independencia que, por entonces germinaban, haciéndolo servir a la causa que el ilustre sacerdote defendió con denuedo en las célebres asambleas de las que fue el jefe de obra.

El ejercicio del cargo de Disector desarrolló en el Doctor Heredia la pasión que tenía por el estudio de la Anatomía. Fue en él donde se formó esa inmensa suma de conocimientos que poseyó hasta sus últimos días en este ramo importante y base de todos los estudios médicos, del cual ha sido durante muchos años el mejor Profesor que ha tenido hasta hoy la Escuela.

Como tal, el 16 de setiembre de 1823 presentó a examen público de Anatomía a uno de sus discípulos, en la Universidad, dedicando el acto al Soberano Congreso Constituyente y presidiéndolo en su carácter de Bachiller en Medicina, título que, previas a las pruebas requeridas, se le otorgó el 14 de agosto del mismo año. El Claustro, en recompensa del aprovechamiento que manifestó el examinando, premió a su Maestro con el título de Doctor.

En posesión de este título, figuró como uno de los opositores más distinguidos a la cátedra de Vísperas de Medicina que la Universidad puso en concurso en diciembre de 1825, leyendo el 16 de ese mes una interesante disertación latina sobre el aforismo 31 de la sección 3ª de Hipócrates, relativa, como se sabe, a la época en que se juzgan en las personas avanzadas de edad las enfermedades que le son propias. Ya el 14 de octubre de ese mismo año el Rector del claustro había nombrado al Doctor Heredia, Regente de la cátedra de Artes adjudicada al Colegio de San Fernando,

recibiendo el 18 de junio del año siguiente el título de Catedrático de Clínica Externa.

El 16 de agosto del mismo año el Tribunal del Protomedicato le extendió por fin el título de médico y de cirujano.

Sus conocimientos anatómicos le dieron cierta superioridad en la práctica de la Cirugía, lo que le valió ser nombrado cirujano del Hospital, entonces militar, de Santa Ana y examinador del Protomedicato, que presidía el Doctor Tafur.

Entrado en el cuerpo de cirujanos del ejército, sin abandonar por esto la Escuela, ascendió en él sucesivamente, a mérito de sus servicios, hasta que en la campaña del General Orbegoso contra las fuerzas sublevadas de Gamarra, fue elevado a la alta clase de cirujano en jefe. En calidad de tal asistió a la refriega que ambos ejércitos tuvieron en Huailacucho, la víspera del famoso abrazo de Maquinguayo, en donde el Doctor Heredia desplegó ese celo y esa abnegación que siempre manifestó en el cumplimiento de sus deberes.

La Confederación lo halló en posesión del título de Inspector general de Hospitales que le diera el general Orbegoso, título que fue respetado por Santa Cruz, quien, conocedor de las aptitudes del Doctor Heredia, y de su amor a la enseñanza de la juventud, le confió al fin la dirección del Colegio de San Fernando.

Al frente, por la primera vez, de este establecimiento, Heredia inició las reformas que eran posibles en el triste estado de penuria en que los sucesos políticos de la época habían colocado el único plantel de la enseñanza médica. Estas reformas no satisfacían sin embargo sus aspiraciones. Él había sentido en su alma una tentación más noble: él había vislumbrado que podían dilatarse más allá los límites de la enseñanza médica: que podía elevarse, en la consideración social, algo más, la humillada condición del médico.

La Restauración de 1839 lo sorprendió en medio de sus sueños, alejándolo del teatro de realización de sus esperanzas.

Heredia miraba con dolor el triste estado del Colegio de Medicina, cuando en abril de 1843 es llamado por segunda vez a colocarse al frente de él. Es en esta época donde comienza esa serie de actos de celo y de abnegación que constituyen el período más brillante de la existencia del Doctor Heredia. Organizada la enseñanza y disciplina del Colegio conforme al plan que se propuso, una juventud numerosa acudió a él en busca de instrucción. Heredia se constituyó en padre de esa juventud, a quien estimulaba al estudio por todos los medios que le sugerían su sagacidad y su ternura. El joven indigente encontraba en su mesa y en su bolsa el remedio de olvidar sus necesidades, para no pensar más que en el estudio: el que no era insolvente hallaba en sus tiernas deferencias un estímulo poderoso a su aplicación: el aprovechado la recompensa merecida a sus desvelos en una mención honrosa, en el presente de un libro, o en la dirección de una clase. Todos, en fin, encontraban en esa fuente inagotable de bondad y amor un motivo para redoblar su ardor. Los progresos que la juventud de esa época hizo en el estudio de las ciencias filosóficas y matemáticas, se revelaron en los exámenes públicos que se dieron en esos años. Para asegurarlos más, Heredia renunció desde 1845 a su numerosa clientela, consagrándose a trabajar exclusivamente en el Colegio, y a no vivir más que de su escasa renta y del producto de sus pequeñas economías.

Aquellos triunfos no eran sin embargo suficientes para satisfacer los elevados designios del Dr. Heredia.

Su fin principal aún no estaba cumplido. Falta-ba sistemar y perfeccionar la enseñanza médica: más para ello se necesitaba elementos materiales y hombres especiales. Para lo primero concibe el plan de establecer los gabinetes de Física e Historia Natural. Al efecto, acopia las economías hechas en los fondos

del Colegio, añade las que le suministra su propio crédito y hace venir ese conjunto de aparatos y objetos que constituye el hermoso Museo de la Escuela.

En cuanto a los hombres, la Providencia se les proporciona sucesivamente, a medida que los va necesitando. Hay necesidad de profesores de las clínicas de Medicina y Cirugía y una estrella feliz guía a nuestras playas, dos hombres que debían cimentar esta enseñanza en el Perú, de una manera conforme a los progresos de la época. Solari y Dunglas se asocian al Dr. Heredia como profesores de clínica. La teoría general de la Medicina necesita ser expuesta con claridad y extensión y un comprofesor suyo, distinguido por su ciencia, acepta generoso el llamamiento que hace a su cooperación. El Dr. Ríos recibe de él el nombramiento de Profesor de Patología y Terapéutica General. Finalmente, las ciencias naturales no tienen catedrático y Eboli y Raimondi, llegan al Perú trayendo ese caudal de luces que con tanto tesón derraman en la Escuela hace más de diez años.

Al Dr. Heredia le era tanto más fácil establecer todo esto, cuanto que, desde 1843, por muerte del famoso Dr. Valdez, había sido elevado a Protomédico general del Perú, y ejercía una especie de dictadura médica que no pudo ser empleada con mejor fin.

De la reunión de tantos elementos acopiados por el ilustre Dictador, es de esperarse que resulten formados hábiles profesores, capaces de secundar los esfuerzos de sus maestros. Esos profesores se forman, en efecto, y la medicina extiende su dominio en el Perú, ennobleciendo la profesión del arte y recibiendo el aplauso y las bendiciones de todos los que recogen sus beneficios.

Pero esto todavía no satisface la sed de progreso que devora el espíritu siempre ardiente del infatigable reformador.

De entre esa falange de jóvenes médicos que han salido de los claustros del Colegio, Heredia se

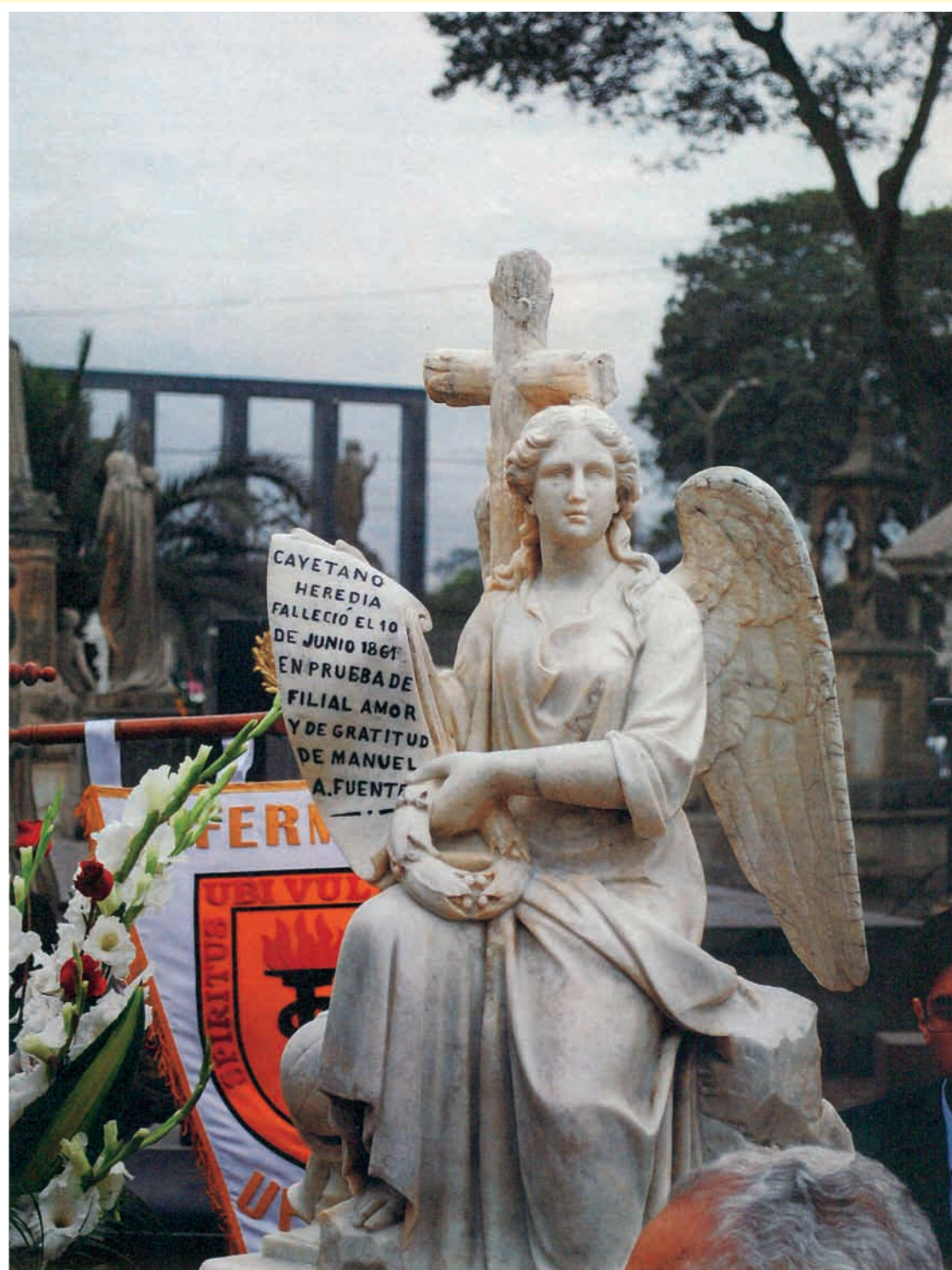
ha fijado en algunos que, por la especialidad de sus circunstancias, además de otros dotes, pueden aceptar la comisión de estudiar en Europa los ramos de enseñanza que aún no habían sido posible implantar, y con tal objeto reúne sus pocos recursos y envía a esos jóvenes a perfeccionar sus estudios a la Escuela de París.

Los jóvenes profesores regresaron cuatro años después. El vasto programa de una enseñanza médica completa puede ser puesto en ejecución por primera vez. Las instituciones médicas pueden ser organizadas conforme a la tendencia general del siglo. Solo se necesita un rasgo de desprendimiento y energía y el Doctor Heredia, despojándose de su empleo de Rector del Colegio, presenta al Supremo Gobierno el proyecto de la nueva reforma médica sancionada en 1856.

Conforme a ese proyecto, el Colegio y la Junta Directiva de Medicina quedan fundidos en una sola institución, reasumiendo la Junta de Farmacia, con el nombre de Facultad de Medicina. El Doctor Heredia es nombrado por decreto de 11 de setiembre de 1856 Decano de esa Facultad y Profesor de Anatomía Descriptiva.

En los tres años señalados a la duración de su mandato, Heredia desplegó todo el ardor y constancia que requería la realización completa de una reforma de tanta trascendencia. Al vencimiento de los tres años, en abril de 1860, el Gobierno le nombra por sucesor al Doctor Ríos, quedando el Doctor Heredia contento siempre de poder continuar sirviendo a la Escuela, en su simple condición de Profesor de Anatomía.

La muerte lo ha sorprendido en esta situación, triste, si se atiende a que, después de diez y ocho años, era el primer descenso que tuviera en su carrera siempre ascendente; pero gloriosa, por cuanto que, aceptada por él como el último sacrificio hecho a la Escuela, lo rodeaban en ella el respeto de los Profesores, que todos eran como hijos suyos, el amor y la



TUMBA DE CAYETANO HEREDIA EN EL CEMENTERIO PRESBITERO MAESTRO



HOMENAJE DE LA UNIVERSIDAD PERUANA CAYETANO HEREDIA A SU EPÓNIMO
EN EL XXV ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD

veneración de los alumnos, y los nobles comedimientos de su digno sucesor que no le dejó sentir un solo instante la ausencia de su antiguo rango.

En los días que precedieron a su fallecimiento fue cuando todos estos sentimientos se desarrollaron con más vuelo y espontaneidad en torno suyo. Alrededor de su lecho de muerte velaron día y noche Profesores y alumnos, prodigándole los más asiduos y afectuosos cuidados. Todos a porfía se esforzaron por hacerle comprender que su elección no había sido errada de la familia que adoptara por suya; y muy dulce de haber sido su consuelo al verse, en los momentos de abandonar la tierra, rodeado de sus hijos, a quienes, con el candor más natural, preguntaba por la causa de su tristeza.

Desde que sintió la proximidad de su fin, el tema de todas sus disposiciones eran los últimos arreglos que tenía proyectados en la Escuela. Había notado hacia algún tiempo la falta de un curso de Química analítica, que completase la enseñanza de aquella

ciencia. Para dictar este curso se necesitaban elementos de no escaso costo. Él se los procuró en medio de sus angustias y éste es uno de los legados que ha dejado, al morir, a la Escuela.

La Biblioteca y el Museo necesitaban también algunos objetos: a ellos ha atendido también su munificencia, dejando para comprarlos otro legado.

Así terminó ese hombre su carrera de abnegación y de trabajos en favor de la Escuela Médica: así dio cima a la providencial misión que ha desempeñado en este mundo. El cielo le ha preparado, sin duda, allá en su seno, el digno galardón de sus afanes y de sus virtudes. A los que hemos recogido los frutos de ellas nos toca honrar en la tierra su memoria también dignamente. Nada puede llenar mejor este voto de nuestra gratitud que la erección de un monumento, que diga a las generaciones venideras lo que fue el hombre que consagró su vida a la educación de la juventud para el elevado sacerdocio de la Medicina y que desempeñó en el mundo un apostolado de amor y de caridad.